Una evangelista joven



Barbados

Abril 12 *Como Nicola English lo informó a* Misión

[Pida a una joven o a una adolescente que relate este informe en primera persona]

Yo crecí en Guyana. Cuando tenía 13 años mis primos me invitaron a ir con ellos a la iglesia adventista. Me encantaron las reuniones y comencé a frecuentar los servicios de los sábados. Mi clase de la Escuela Sabática me tomó en cuenta en sus actividades, aunque no era miembro de la iglesia, y eso me hizo sentir bien.

A mi madre no le importó que asistiera a la iglesia adventista, hasta cuando le expresé mi deseo de unirme a ella. Entonces rehusó darme permiso para que me afiliara a esa iglesia «rara». Cuando le dije que entonces tendría que elegir entre unirme a la iglesia o hacerme miembro de una discoteca, dejó de discutir conmigo y autorizó para que me uniera a la iglesia.

Cuando mi familia se trasladó a la isla de Barbados, yo permanecí en Guyana con el fin de concluir mis estudios de preparatoria. Al visitar a mis padres los invité a la iglesia. Comenzaron a hacerlo, y dos años más tarde ocho miembros de mi familia se unieron a la iglesia. Mi papá nos aseguró que lo había hecho por causa de mi influencia. Quedé emocionada al comprender que mi testimonio y estilo de vida produjeran esa gran diferencia en sus vidas.

Mis padres estaban orgullosos de mí por ser la primera de la familia en terminar la educación preuniversitaria. Pero cuando les conté que planeaba estudiar teología en la Universidad Adventista del Sur del Caribe, en Trinidad, mi madre pensó que me había vuelto loca.

—¿Por qué teología? —preguntó.

Le expliqué que me encantaba el evangelismo y que deseaba servir a la gente, no como un pastor, sino como misionera. Esto tocó el corazón de mis padres y me autorizaron para que estudiara teología.

Una evangelista adolescente

A mitad de mi segundo año de estudios, la iglesia en Barbados me pidió que viajara a la isla para dictar una serie de conferencias evangelizadoras de dos semanas. Eso me obligaría a faltar a clases importantes, pero sentí la convicción de que debía aceptar.

Volé a Barbados un miércoles, y tres días más tarde —el sábado— comencé a predicar. Durante ocho días prediqué cada noche. En el día oraba con la gente y repasaba el sermón que predicaría al anochecer. Era un trabajo agotador, pero fascinante. Descubrí que cuando predicamos sobre cuánto nos ama Jesús y de lo mucho que ha hecho por nosotros, las personas que escuchan sencillamente se enamoran de él. Las doctrinas son fáciles de aceptar cuando la gente percibe el amor de Dios y ve los increíbles sacrificios que ha hecho para salvarnos.

Pero también tuve que enfrentar momentos difíciles. Una tarde, antes del comienzo de la reunión, me sentí aplastada por la responsabilidad que Dios había colocado sobre mis hombros. Me senté en

el automóvil y lloré. Me sentía incapaz de continuar. Entonces escuché que Dios me decía: «No es tu reponsabilidad, Nicola. Lo que tú debes hacer es simplemente pasar a la plataforma y dejarme hablar a través de ti». Esa aseveración me impartió el valor que necesitaba para entrar y enfrentarme con el público.

En la sala pastoral les dije a los ministros:

—Yo no predicaré esta noche.

Un silencio pesado llenó el cuarto mientras los pastores se preguntaban qué habría sucedido. Luego agregué:

—No predicaré esta noche ni ninguna otra noche. Dios será quien predique —y todos nos relajamos.

Esa noche, mientras permanecía de pie en la plataforma escuchando mi voz pronunciar las palabras, estaba segura de que Dios era el que predicaba, no yo. Fue uno de los mejores sermones que he escuchado, ¡y Dios lo estaba predicando a través de mis labios!

Durante toda la serie reclamé la promesa: «No con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos» (Zac. 4:6). No se trataba de mí; yo sólo era la representante de Dios. Y como resultado de estas reuniones me he vuelto más cuidadosa de mi forma de vestir y de lo que digo. Quiero vivir para Dios de modo que todos vean a Jesús en mí. Dios me mostró que no era yo lo que importaba, sino que Dios debía ser exaltado. Me hace sentir muy humilde saber que Dios se valió de mí para conducir a muchos a los pies de Jesús. Hasta hoy más de 100 personas se han bautizado como frutos de estas reuniones evangelizadoras, y otros continúan preparándose para hacer lo mismo.

Al bajar de la montaña

Mientras teníamos las reuniones en Barbados me sentí en la cumbre de la montaña. Pero al regresar a la universidad, el diablo me esperaba para golpearme cruelmente. Había perdido muchas clases y debía reponerlas. Una noche, al concluir un trabajo de investigación de diez páginas, la computadora se malogró y perdí todo el trabajo. Se había borrado totalmente. No me quedaba otra alternativa que escribir de nuevo el documento, que debía entregar al día siguiente. Me molestaba pensar que Dios no hubiera protegido mi manuscrito. Pero mientras renegaba por mi problema, escuché que el Señor me decía: «Aquí estoy». De inmediato me puse a reescribir el trabajo; lo terminé en un par de horas, y al presentarlo obtuve una calificación excelente. Verdaderamente Dios estaba conmigo.

El Colegio de la Unión del Caribe se transformó en la Universidad del Sur del Caribe en el año 2006. A partir de entonces la población estudiantil se ha duplicado. Todo se ha vuelto insuficiente frente a las nuevas demandas. Los dormitorios están a reventar, y se hace muy difícil estudiar en esas condiciones. Pero nos esforzamos para sobreponernos. La universidad ya comenzó a edificar dos dormitorios nuevos en el plantel, cuya conclusión es prioritaria. La ofrenda de este decimotercer sábado permitirá la construcción de un salón de culto en cada uno de ellos. Muchas gracias por ayudarnos a transformar estos planes en una bella realidad para esta casa de estudios en Trinidad.